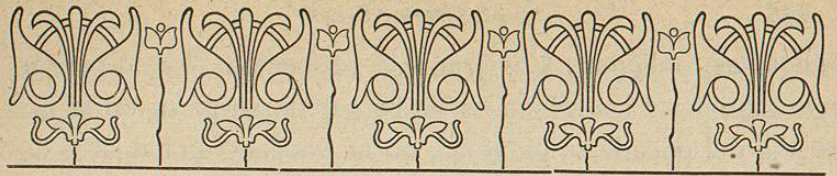


DE LA SOBERBIA



DE LA SOBERBIA

No sin haberlo meditado en la presencia de Dios, Padre de las lumbres (1), me siento movido á hablaros de un vicio que es principio, cabeza y raíz de todo pecado (2); vicio llamado satánico porque constituye como el carácter de Satanás, el cual, con astucia diabólica (3), logró inocularlo en el corazón de nuestra madre Eva, seduciéndola con halagüeñas promesas (4). Desde entonces todos los mortales lo llevamos entrañado en el corazón, y muchos, un gran número, lo llevan además estampado en su frente, es decir, en sus palabras, en sus modales y en todo su proceder, lo cual es mucho más lamentable. Este vicio, este pecado ignominioso es la soberbia, el primero de los pecados capitales y el capital enemigo de nuestras almas (5).

Varias veces he intentado hablaros de él, y siempre lo he creído inoportuno y fuera de lugar, tratándose de personas

(1) Jacob., I, 17.
(2) Eccli., X, 15.
(3) Génes., III, 1.

(4) Génes., III, 13; I. Timoth., II, 14.
(5) 1. 2., q. 84, art. 3.

religiosas, obligadas á aspirar á la perfección. Mas al pensar que también á las religiosas las ha cabido su parte en la herencia del pecado original (1), no he vacilado en hablaros de este vicio, pero de una manera ajustada á vuestro estado. No es verosímil que la religiosa permita la entrada en su corazón á este monstruo infernal, porque el corazón de la religiosa es *huerto cerrado* y sellado con los votos de su profesión (2); pero como se trata de un enemigo insidioso y sagaz en sumo grado; como se trata de un vicio tan sutil y tan maligno, que logra introducir su ponzoña aun en los actos más augustos de piedad y religión, usurpando al alma todo el mérito que con los mismos habría podido adquirir, conviene conocer sus arterías y sutilezas para combatir y, si es posible, ahogar en su germen toda tentativa, todo amago de ataque, que podría sernos muy funesto. Voy á intentarlo, con la ayuda de Dios.

«Soberbia, según Santo Tomás, es un apetito desordenado de la propia excelencia» (3). «Por eso se llama uno »soberbio, dice San Isidoro, porque se tiene y quiere ser »tenido sobre lo que es y en más de lo que es». Esta es una de las razones, dicen los Santos, de amar Dios tanto la humildad, porque es muy amigo de la verdad, y «la humildad »es verdad», escribe Santa Teresa (4), y la soberbia y presunción son mentira y engaño. Llámase este vicio capital, no porque siempre sea grave—que muchas veces no es sino leve,—sino porque es cabeza, fuente y raíz de otros vicios que de él proceden, como la ambición, presunción y vanagloria.

1. Escuchad ahora la genealogía de este vicio, y hasta

(1) Rom., V, 12.
(2) Cant., IV, 12.

(3) 2. 2., q. 162, art. 2., ad. 2.
(4) Moradas, VI, cap. 10.

qué extremo enloquece á quien se deja vencer de él. Bien sabéis quién dió el primer grito de protesta. Engreído con su propia excelencia, Luzbel, hasta entonces espíritu nobilísimo, negó á Dios la obediencia y adoración debidas (1), y levantando bandera de rebelión, atrevióse á declararse independiente diciendo: *¿Quién como yo? Escalaré el cielo; pondré mi trono sobre las estrellas; seré semejante al Altísimo; no le serviré* (2). La tercera parte de los ángeles, seducidos por el mal ejemplo, aplaudieron este arranque de insensatez y de locura, y uniéndose á Satanás con la esperanza de reinar con él en lo más encumbrado de los cielos, fueron precipitados con él para siempre en lo más profundo de los infernos (3). Ved cumplida la sentencia del Espíritu Santo: *Quien se exalta y envanece, indefectiblemente será humillado y confundido* (4).

2. Devorado Lucifer por el despecho y consumido por la envidia (5), no pudo sufrir que el hombre, imagen de Dios (6), fuese dichoso, siendo él tan desdichado, é intentó inocular el germen de la protesta en el dócil corazón de nuestros primeros padres, y al efecto, valiéndose de *la serpiente, el más astuto de los animales* (7), dijo á Eva: *Comed del fruto prohibido, y seréis como dioses* (8). A esta promesa tan halagüeña opuso Eva la voluntad de Dios, que lo prohibía con pena de muerte (9). *No moriréis*—la dijo el tentador,—*antes bien se os abrirán los ojos y conoceréis el bien y el mal*; y como acontece á cuantos quieren discutir con Satanás, Eva cedió á la tentación y comió, y traspasó el mandato divino. Confusa y avergonzada, buscó un cómplice y tentó

(1) Hebræ., I, 6; Psal. XCVI, 7.
(2) Isai., XIV, 13; Jerem., II, 20.
(3) II. Petr., II, 4.
(4) Luc., XIV, 11.
(5) Prov., XIV, 30; Sapient., II, 24.

(6) Génes., I, 26; I. Corinth., XI, 7; Coloss., III, 10.
(7) Génes., III, 1.
(8) Génes., III, 5.
(9) Génes., II, 17.

á Adán, el cual condescendió (1) y consumó el pecado (2). Pero Dios, que no puede sufrir la soberbia porque la abomina infinita y necesariamente (3), apenas la vió palpar en el corazón de nuestros primeros padres, no quiso que arraigase esta planta maldita en la tierra virgen del paraíso, y los arrojó de él, para que viese el género humano hasta dónde alcanza la indignación divina contra el soberbio, y que en lo sucesivo había de cumplirse esta fatídica sentencia: *El que se exalta y envanece, será humillado* y confundido. Satanás debió quedar muy satisfecho de su obra, pues desde entonces pudo establecer su imperio en el mundo, y ya que no había logrado en el cielo la adoración y el culto que pretendía, lo exigió en la tierra á los desventurados hijos de Adán, que en gran número, aun en nuestros días, le rinden homenaje de adoración y de obediencia.

3. Pues bien: el Hijo de Dios bajó del cielo para destruir á Satanás y despojarlo para siempre del imperio (4) que tan tiránicamente había ejercido en la tierra por espacio de cuarenta siglos. Jesucristo vino al mundo para declarar guerra abierta al maldito vicio de la soberbia, que tantas víctimas había sacrificado al demonio. Por ello, al grito de independencia lanzado por Lucifer en el cielo: *¡No quiero servir, no quiero someterme!*, opuso Jesucristo la más profunda obediencia y sumisión á la voluntad de su eterno Padre, pues dijo al entrar en el mundo: *Heme aquí, Padre mio, dispuesto á cumplir vuestra voluntad* (5). Llama la atención el empeño que mostró Jesús durante su vida mortal en desterrar la soberbia del corazón de los hombres. Como la humanidad andaba extraviada y enloquecida, sin camino, sin luz y sin guía que la

(1) I. Timoth., II, 14.

(2) Génes., III, 6.

(3) Prov., VIII, 13; Prov., XVI, 5; Eccli., X, 7; Eccli., XXV, 4; Jerem., XIII, 9.

(4) Joann., XII, 31.

(5) Psal. XXXIX, 8-9; Hebræ., X, 7.

apartase del abismo que el pecado había abierto á sus pies, Jesús la salió al encuentro, y por primera vez hizo resonar en el mundo estas palabras de salud y de vida eterna que entendieron muy pocos: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1); *«quien me sigue, no anda en tinieblas* (2); pero reparad bien en *«la primera condición que exijo á quien quiera seguirme: «ésta es que ha de renegar de sí mismo* (3), ó lo que es *«igual: quien quiera seguirme, arranque de su corazón todo «orgullo, toda pretensión, toda soberbia; renuncie á toda «alabanza, créase el más digno de desprecio, desee servir á «los demás y téngase por el más ruin é indigno de los mortales; y después que hubiere hecho esto, tome su cruz cada «día y sígame* (4), porque éste es el único camino que conduce al cielo». ¡Qué lección para la humanidad, entonces tan ciega y extraviada, y hoy tan sensual y corrompida!...

4. Y aprovechaba Jesús todas las ocasiones y circunstancias que se ofrecían para afear este vicio y aun para reprenderlo severamente. En efecto: cuentan los Evangelistas que iban los Apóstoles en cierta ocasión algo apartados de su Maestro, disputando entre sí sobre *quién de ellos era el mayor y el más principal* (5); y llegados á casa en Cafarnaum, preguntóles el Señor: *«¿Qué era aquéllo que veníais tratando por el camino?»* Dice el Evangelio que se hallaron los pobres tan corridos y avergonzados al ver descubierta su ambición, que no acertaron á responder. Entonces, aprovechando esta ocasión, díjoles, y en ellos á todos nosotros: *«Mirad, «discípulos míos, allá entre los del mundo, los que gobiernan «y mandan son tenidos por grandes. Pero en mi escuela es «al revés; el mayor ha de ser el menor y el que ha de estar*

(1) Joann., XIV, 6; I. Joann., V, 6; Ephes., IV, 21.

(2) Joann., VIII, 12.

(3) Matth., XVI, 24; Joann., XII, 25.

(4) Luc., IX, 23; Marc., VIII, 34; Matth., XVI, 24.

(5) Luc., XXII, 24.